



## **HOMILÍA VIGILIA PASCUAL**

22 de marzo, 2008

Ilmo. y Rvdmo. P. Abad de Santa Cruz del Valle de los Caídos  
Dom Anselmo Álvarez Navarrete

“Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos en Él” (Rm 6, 8). Esta realidad es la que reconstruye cada palabra y cada símbolo del misterio de esta noche santa.

No estamos asistiendo a una representación escénica, sino a una realidad viviente, en la que los acontecimientos conmemorados se renuevan con la misma fuerza y con los mismos efectos que tuvieron los hechos originales. En la acción litúrgica es Cristo mismo quien interviene para que el pueblo de la Iglesia y de los hombres pueda ser contemporáneo y partícipe, en todos los tiempos, de la única historia de la salvación.

Algunos de los episodios más importantes de esa historia han sido evocados esta noche en los ritos y en las lecturas en los que hemos participado: desde la creación y el pecado original hasta la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto y su introducción en la tierra prometida.

Se trata de hechos reales y al mismo tiempo cargados de simbolismo, como nos asegura San Pablo: “todas estas cosas (esta historia de Israel) sucedían de manera alegórica, para nuestra enseñanza” (1 Cor 10, 6). Ayer celebrábamos el día de la salvación, realizada en la pasión y muerte de Cristo. Esta noche, los símbolos del agua y de la luz nos sumergen en el misterio de la purificación e iluminación, a través de las cuales nosotros renacemos con Cristo a la vida nueva que Él ha inaugurado, para Él y para nosotros, con el alba de su Resurrección.

El lenguaje de la liturgia y de los Padres de la Iglesia nos habla de esta Vigilia como de la gran noche y de la gran fiesta de la liberación. Liberación de Cristo, muerto y sepultado a consecuencia del pecado, pero “resucitado para nuestra justificación” ( ). Liberación también, por Cristo, del hombre y de la creación entera, que inicialmente habían surgido de las manos de Dios llenos de esplendor y belleza, pero que, como el antiguo pueblo de Dios, se encuentran sumergidos en las tinieblas del error, encadenados por la servidumbre del mal.

Liberación de la humanidad sepultada en el pecado y bajo el dominio de la muerte, devuelta a la vida, restituida a su realidad original, a su ser auténtico, el que nos hace partícipes de la naturaleza divina. En esta noche la Iglesia y la humanidad entonan un cántico nuevo, el himno que todos anhelamos oír y cantar, cuando la Luz de Cristo Resucitado y glorioso, haya disipado las tinieblas de nuestras mentes.

Esa Luz es la que ilumina las tinieblas de nuestra noche, la que nos permite, en primer lugar, reconocer la densidad de esa oscuridad a la que hemos sido conducidos. Entonces la noche se hace clara como el día”, y el hombre y la creación se ven liberados de “la esclavitud de la corrupción para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios”.

No es difícil advertir que hoy aquella historia del pueblo de Dios, habitante de una tierra extraña, sometido a un poder opresivo, se reitera a escala casi universal. Es como si el pueblo de la humanidad se hallara prisionero en un nuevo Egipto, en una tierra en que la idolatría y la esclavitud de las conciencias envuelven a incontables espíritus. Es la consecuencia del sometimiento a los fetiches que hemos elevado sobre los altares en que practicamos el culto de la vida, del poder y del bienestar en todas sus formas, del orgullo y la codicia.

Un pueblo avasallado ahora por los señores que dominan el imperio de este mundo y que por eso mismo consideran a Dios un contrincante que debe ser neutralizado. Son aquellos que, con lenguajes de libertad, humillan la gloria y la dignidad de los seres humanos, haciéndoles creer que pueden vivir como si, en lugar de hijos de Dios, fueran seres amorfos, hijos del azar o de la nada, vacíos de toda trascendencia.

Necesitamos volver a acoger el grito de libertad del Dios de Israel, del Dios que en la Cruz nos rescata del pecado y de la muerte, del Dios que se levanta victorioso del sepulcro. Son muchas las cosas que hoy necesitan volver a la vida. La tierra y el hombre no son ahora los que salieron de manos del Creador, aquellos sobre los que Él dijo: “vio Dios que era muy bueno”.

De aquella obra de Dios pocas cosas quedan intactas, como nosotros mismos lamentamos cada día. Entre todos hemos contaminado y desfigurado esa obra, cuya forma y rostro es cada vez menos identificable. Por eso el mundo y el hombre necesitan recuperar la imagen divina, la faz que Dios les entregó, y que nunca les fue retirada, ni aún después del pecado.

También hoy, Dios está en vigilia para salvar a su pueblo, y vuelve a repetir: “dejad salir a mi pueblo para que celebre mi fiesta conmigo en el desierto” (Ex 5, 3), fuera de esta tierra de servidumbre, en el desierto que Yo convertiré en vergel, donde se levantará el nuevo Tabernáculo en el que tendrá lugar mi encuentro con él y donde celebraremos la fiesta de su liberación y de nuestros desposorios.

Será el día en que Dios derramará sobre nosotros un agua pura que hará de la humanidad un pueblo nuevo, dotado de un corazón y un espíritu nuevos, unido en una sola verdad y libertad: las que Él devuelve al hombre en Cristo.

-----